

deseado entrar y haberla saludado de lejos, es ya quizá el mayor honor entre los contemporáneos, y con certidumbre habrá de ser el mejor título á la estimación de la posteridad.

LA INFLUENCIA LITERARIA DE LAS ACADEMIAS

Es imposible dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Péllisson y D'Olivet, que Mr. Carlos Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que esto es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de lord Macaulay,

dadas á conocer últimamente por su discreto sobrino Mr. Trebelyan, sean una verdad muy profunda: «Puede decirse con seguridad, que la literatura existente ahora en el idioma inglés, es de mayor valor que toda la literatura que había hace trescientos años en todos los idiomas del mundo juntos.» Me atrevo á decir que así es; sólo que, recordando la máxima de Spinoza, de que los dos grandes males de la humanidad son el amor propio y la pereza que trae consigo, imagino que nos sea conveniente mirar con más atención si esto es así y tan sin límites, en vez de confiar en nuestra superioridad.

Pero antes de nada debo conceder algunas palabras á la historia que se conserva de la Academia Francesa. Por el año de 1629, siete ú ocho personas en París, aficionadas á la literatura, formaron una especie de pequeño club para reunirse en las casas de unos y otros y discutir asuntos literarios.

Se habló de sus reuniones, y el cardenal Richelieu, ministro entonces y poderoso, oyó hablar de ellas. Tenía él también una noble pasión por las letras y por toda refinada cultura, y le interesó lo que oyó de la sociedad naciente. Era hombre que poseía como ningún otro un estilo brillante, y tuvo el talento innato de comprender qué valioso instrumento, de un estilo escogido, estaba á su disposición. Comenzaba para Francia un siglo ilustre, el xvii; los cerebros de los hombres trabajaban, el idioma francés se formaba. Richelieu envió á preguntar á los miembros de la nueva sociedad si querrian formar una corporación de carácter público y tener reuniones metódicas. No sin alguna vacilación—pues al parecer se hallaban muy bien como estaban, y esos siete ú ocho caballeros de posición social y literaria no estaban muy tranquilos cuanto á lo que el ilustre y terrible ministro podía querer de

ellos—consintieron. Los favores de un hombre como Richelieu no se rehusan fácilmente, sean bien ó mal intencionados; pero este favor era de buena intención. No obstante, el Parlamento tuvo sus dudas para esto. No tenía el entusiasmo de Richelieu por las letras y la cultura, y estaba celoso de la aparición en el Estado de una nueva corporación pública, sobre todo por ser traída á la existencia por Richelieu. La carta-patente del Rey, estableciendo y autorizando la nueva sociedad, fué concedida en los comienzos de 1635; pero por la antigua Constitución francesa, esa patente requería la aprobación del Parlamento. Transcurrieron dos años y medio—hacia el otoño de 1637—antes que el Parlamento la diese, y entonces lo hizo solamente después de apremiantes sollicitaciones y vehementes seguridades de las puras intenciones de la naciente Academia. Las gentes chanceras decían que esta

sociedad, con su misión de purificar y embellecer el idioma, llenaba de terror á una corporación de letrados como los del Parlamento francés, asilo de inculta jerigonza y de embrollo.

Este perfeccionamiento del idioma era, en verdad, la declarada y elevada aspiración en las operaciones de la Academia. Los estatutos de fundación, aprobados por Richelieu antes que el edicto real se hubiese expedido, decían expresamente: «La principal atribución de la Academia será trabajar con todo el cuidado y diligencia posibles en dar reglas fijas á nuestro idioma, y hacerlo puro, elocuente y capaz para tratar las artes y las ciencias.» Este celo por hacer un brillante instrumento para el pensamiento de una nación—su idioma—correcto y digno, es, sin duda, un signo lleno de promesas, una importante balanza de su poder futuro. Se ha dicho que Richelieu tenía en su mente la idea de que el francés suce-

diese al latín en su general ascendencia, como el latín había sucedido al griego; si fué así, este deseo se ha cumplido en cierto grado. Pero, de todas suertes, las influencias *éticas* del estilo en el idioma, sus estrechas relaciones con el carácter, tan á menudo indicadas, son importantísimas. Richelieu, hombre de inmensa cultura, y al mismo tiempo, de elevado carácter, las sentía profundamente; y el que haya tratado de regularizarlas, fortalecerlas y perpetuarlas por una institución que perfeccionase el lenguaje, es una admirable prueba de su espíritu de gobierno y de su genio.

Sin embargo, no era esto todo lo que tenía en su imaginación. La nueva Academia, aumentada á corporación de cuarenta miembros, y con propósito de contener los principales literatos de Francia, iba á ser un *tribunal literario*. Antes de ser publicadas las obras de sus individuos, habían de

traerse para ser criticadas, y si las encontraban en regla, se publicarían con su aprobación declarada. Las obras de otros escritores, que no fuesen miembros de la Academia, podrían también pasar por su revisión, á petición de ellos mismos. Además de esto, la Academia examinaba y juzgaba con pruebas y discusiones las obras ya publicadas, de autores que estuviesen vivos ó muertos, y los asuntos literarios en general. El famoso dictamen sobre *El Cid* de Corneille, dado por la Academia en 1637, por urgente petición de Richelieu, cuando este poema, que ocupaba fuertemente la atención pública, fué atacado por M. Scudery, demuestra cuán de lleno asignaba Richelieu á su nueva creación el deber de actuar como un tribunal supremo de literatura, y cuan pronto comenzó á ejercer de hecho esta función. Una persona (1) que había cono-

(1) La Mesnardière.

cido á Richelieu, declaró después de la muerte del Cardenal, que tenía proyectada una institución aún más grandiosa que la Academia, una suerte de asamblea europea de arte, ciencia, y literatura, un Prytaneum, donde los principales autores de toda Europa se reuniesen en una residencia central, y viviesen con tranquilidad, comodidades, y honor; ese era un sueño que no se desarraigará por haberse arrancado con violencia. Pero el proyecto de formar un alto tribunal de las letras no fué un sueño para Francia; Richelieu lo cumplió en gran medida. Esto es lo que por su representación es la Academia; lo que siempre ha pretendido ser; lo que de vez en cuando ha sido; por ser, ó procurar ser ésto, más aún que por lo que ha hecho en el idioma, tiene en Francia tanta importancia. Su tarea es dar ley y tono á la literatura, y que ese tono sea elevado. «Richelieu», dice M. de Sainte-Beuve, «quería que fuese

un *haut jury*,» un jurado el más escogido y autorizado que pudiera hallarse para todas las materias literarias de importancia que estuviesen en litigio ante el público; para ser como lo fué en efecto en la última mitad del siglo XVIII, «un órgano soberano de la opinión.» «El deber de la Academia», dice M. Renán, «*est maintenir la délicatesse de l'esprit français*—conservar intacta la brillante cualidad del ingenio francés; representa una especie de *maitresse en fait de bon ton*» la autoridad de una maestra reconocida en materias de esquisito tono y gusto.

«Todas las edades, dice otra vez M. Renán, han tenido su literatura inferior; pero el gran peligro de nuestro tiempo es, que ésta tiende cada vez más á alcanzar plaza de superior. Nadie tiene una prerrogativa como la de la Academia para combatir este mal»; la institución, como dice no sé dónde, que tiene facilidades especiales para

«crear una forma de cultura intelectual que se impondrá en todas partes.» Monsieur de Sainte-Beuve y M. Renán, son críticos muy sagaces; y lo manifiestan señaladamente por reconocer y dar este carácter tan sobresaliente á la Academia francesa. Un empeño tal de erigir una autoridad reconocida, imponiéndonos un noble modelo en materias de inteligencia y gusto, tiene muchos enemigos en el linaje humano. A todos nos gusta ir por nuestro camino, sin que nos obliguen á salir de la atmósfera de la vulgaridad, que es la habitual para los más;—*was uns alle bündigt*, dice Goethe, *das Gemeine.*» Queremos que se nos deje acostar cómodamente en la paja vieja de nuestros hábitos, especialmente de los intelectuales, aunque esta paja no esté muy limpia y escogida. Pero si el esfuerzo en limitar esta libertad de nuestra condición inferior encuentra, como es regular que suceda, enemigos en la

humanidad, también halla auxiliares. Dice Cicerón, que de las cuatro mayores partes de lo *honestum* ó bueno que forma la materia sobre la cual el *officium* ó deber humano encuentra empleo, una es la de fijar un *modus* y un *ordo*, una medida y una regla, para amoldar y reprimir saludablemente nuestra facultad de acción, levantándola por encima del nivel que tiene si se la deja entregada á sí misma, y aproximarla á la perfección. De las criaturas vivientes, dice, sólo el hombre se siente impulsado tras el *quid sit ordo quid sid quod deceat in factis dictisque qui modus* la revelación de un *método*, de una ley del *buen gusto*, de una *regla* para sus palabras y acciones. Los demás animales siguen sumisamente la ley de su naturaleza; solo el hombre tiene un impulso que le guía á instituir alguna otra ley para dominar la tendencia de su índole.

Por supuesto, que esto tiene tanta

influencia en las materias morales como en las intelectuales, pero generalmente es en las morales en las que solemos pensar cuando lo aseguramos. M. de Sainte-Beuve, no tenía por lo visto, en la memoria, esas palabras de Cicerón cuando hizo, acerca de la nación francesa, la aserción que voy á citar; pero, á pesar de todo, el aserto se apoya en la verdad que encierran las palabras de Cicerón, y las explica y confirma admirablemente. «En Francia, dice M. de Sainte-Beuve, la primera consideración para nosotros no es si quedamos recreados y complacidos con una obra de arte ó de imaginación, ni si nos conmueve. Lo que buscamos sobre todo, es saber si *tenemos razón* en estar recreados, en aplaudirla y en ser conmovidos por ella.» Estas son palabras muy notables, y según creo, verdaderas en lo principal. Un francés tiene en alto grado, en materias de la inteligencia, lo que uno puede

llamar conciencia; y una viva creencia de que hay en ellas bueno y malo, que está obligado á honrar y obedecer lo bueno, y que se deshonorá adhiriéndose á lo malo. Todo el mundo tiene, ó profesa tener, esta conciencia en asuntos morales. La palabra *conciencia*, en el uso popular, ha llegado á quedar confinada casi, á la esfera moral, por que esta viva susceptibilidad de sentimiento es en lo moral mucho más común que en lo intelectual; cuanto más viva es en lo moral, más dispuesto está un hombre á admitir una norma severa de acción, un ideal autorizado para enderezar sus costumbres diarias; y la admisión voluntaria de tal autoridad es debida á la sensibilidad de conciencia. Como la deferencia á un modelo más ilustrado que el propio, y al reconocimiento respetuoso de un ideal superior, es causada, en la esfera intelectual, por la sensibilidad de la inteligencia. Los que tienen la inteligencia

más despierta, más viva y sensible, están prontos á guardar esta deferencia; los que la tienen menos delicada y sensible están menos dispuestos á reconocer esta superioridad. Ahora ya estamos en camino de ver por qué los franceses tienen su Academia y nosotros no la tenemos.

¿Cuáles son las cualidades esenciales del espíritu de nuestra nación? De ningún modo las de una imaginación franca y despejada, ni una inteligencia viva y flexible. Nuestros admiradores más fervorosos no pretenderían que nos los concediesen en un grado máximo; podrían decir que los tenemos más de lo que creen nuestros detractores, pero no afirmarían que sea nuestra cualidad principal. Más bien alegarían como principales dotes nuestros, la energía y la rectitud; y si somos juzgados favorablemente y en absoluto, sin envidia é injusticia, sin duda la energía y la rectitud son nuestras

principales cualidades, y no una imaginación franca y clara, ni una inteligencia viva y flexible. En tiempos antiguos, la claridad de imaginación y viveza de la inteligencia fueron propiedades muy señaladas del pueblo ateniense, y esas mismas cualidades son notablemente características del pueblo francés en los tiempos modernos; por lo menos, le distinguen con evidencia comparado con el nuestro. Creo que todos ó casi todos conocerán eso. No preguntaré ahora qué otras cualidades tiene el espíritu ateniense ó el francés, ni qué poco afortunadas pueden ser las que tengan en contra; lo que quiero indicar es que tienen estas y nosotros las tenemos en grado mucho menor.

Que se me permita observar, sin embargo, que no sólo en la esfera moral, sino también en la intelectual y espiritual, la energía y la rectitud son propiedades más importantes y fértiles;

que, por ejemplo, la parte más esencial de lo que llamamos ingenio vigoroso. Asignando así á una nación la energía y rectitud como sus principales cualidades espirituales—al rehusarle entre sus cualidades eminentes, la claridad de imaginación y flexibilidad de inteligencia—de ningún modo disminuimos, como algunas gentes podrían suponer, su importancia y su poder para mostrarse eficiente en lo intelectual y en lo moral. Sólo indicamos sus condiciones especiales de actividad próspera en la esfera intelectual, y, como es cierto, algunas imperfecciones y faltas á las que estará siempre sujeta. El genio es sobre todo un asunto de energía, y la poesía lo es de ingenio; por lo tanto, una nación cuyo talento se distingue por la energía, puede ser eminente en poesía, y nosotros tenemos á Shakespeare. El más elevado alcance de la ciencia se puede decir que es la potencia inventiva, una facultad de intuición

semejante al dominio más elevado ejercido en la poesía; por lo que, una nación cuyo espíritu está caracterizado por la energía, puede ser eminente en la ciencia, y tenemos á Newton. Shakespeare y Newton: en la esfera intelectual no puede haber nombres más esclarecidos. Y lo que la energía, que es el alimento del genio, pide por encima de todo, es libertad; independencia completa de toda autoridad, prescripción y rutina, el espacio más amplio para extenderse como quiera. De suerte, que una nación cuyo rasgo espiritual característico es la energía, no será muy apta para instituir en asuntos intelectuales un modelo fijo, una autoridad como la de una academia; con esto evita ciertas inconveniencias y peligros reales, y al mismo tiempo puede, como hemos visto, alcanzar innegables y espléndidas alturas en la poesía y en la ciencia.

Por otra parte, algunos de los requi-

sitos del trabajo intelectual son especialmente asunto de viveza de imaginación y flexibilidad de inteligencia. En la labor intelectual, la forma, el método de evolución, la precisión, las proporciones y las relaciones de las partes con el todo, dependen principalmente de ellas. Y esos son los elementos que están más en comunicación y pueden aprenderse y adoptarse, y hacer el mayor efecto en la composición intelectual de los demás. Aun en la poesía, son muy importantes estos requisitos, y la poesía de una nación que no es eminente por las dotes de las cuales depende, sufrirá más ó menos por esta desventaja. Sin embargo, en la poesía, después de todo, son secundarios, y la energía es lo principal; pero en la prosa son de primera importancia. En su literatura en prosa, y en la rutina del trabajo intelectual, una nación que no tiene dotes particulares para eso no será tan afortunada.

Estas son las que, como he dicho, pueden aprenderse y adaptarse, mientras que la genuina actividad del genio no se adquiere. Las academias las consagran y sostienen, y por tanto, una nación con notables aptitudes de adaptación, es natural que las establezca. En tanto que la rutina y la autoridad tiendan á embarazar la energía y el genio inventivo, pueden ser un obstáculo para su desarrollo, y hasta cierto punto para el del espíritu humano en general. Pero este mal está compensado con creces por la propagación en gran escala de las aptitudes y pretensiones mentales que la flexibilidad y viveza inteligentes engendran, y á la larga el ingenio toma también gran parte en esta propagación, y corporaciones como la Academia Francesa, tienen tal poder para promoverla, que su existencia es, en conclusión, quizá más bien favorable que embarazosa para el progreso del espíritu humano en general.

¡Cuánto más importante es nuestra nación en la poesía que en la prosa! En las producciones de su espíritu, ¡cuánto mejor se manifiestan las cualidades del ingenio que las de la inteligencia! En las obras individuales puede uno observar esto constantemente. Un inglés de buen talento, pero que no está significado como poeta, ¡cuánto más notable es en verso que en prosa! Sus versos se resienten en parte de que no sea poeta en realidad, y en cierto modo de los mismos defectos que, sin duda, echan á perder su prosa, y no puede expresarse con todo acierto. ¡Pero cuánto más se destaca su personalidad, por la fuerza del sentimiento y de la originalidad y movimiento de las ideas, que escribiendo en prosa! Con un francés de igual temple sucede lo contrario: ponedle á escribir poesía, es limitada, artificial é impotente; ponedle á escribir en prosa, y es galano, natural y eficiente. El poder de la literatura

francesa está en sus prosistas, el dominio de la inglesa en sus poetas. Y aun muchos de los poetas franceses muy celebrados dependen en cierto modo para su fama de las cualidades de inteligencia que demuestran, cualidades que son el principal sostén de la prosa; la fama de muchos prosistas ingleses célebres depende enteramente en sus cualidades de ingenio é imaginación que son el distintivo apoyo de la poesía. Pero, como he dicho, las condiciones del ingenio son menos transmisibles que las de la inteligencia; no se pueden aprender inmediatamente ni apropiarse su producto; son menos directas y comunicativas, aunque pueden ser más hermosas y divinas. Shakespeare y nuestro ilustre grupo del reinado de Isabel eran escritores mejor dotados que Corneille y su grupo; pero cuál fué la continuación de esta ilustre literatura, de la literatura de ingenio, como podemos llamarla, ampliándola